

no fuese el de Tomas de Kempis, á conminar con pena de muerte en 1624 á quien enseñase una doctrina contraria á la de los cuatro elementos de Aristóteles. Los filósofos también sabían que era recalcitrante para admitir las novedades; recordaban que había sugerido á Luis XV nuevos rigores contra los protestantes, y que de él habían procedido las sentencias de muerte contra Cálas y el ministro Rochette; cuanto más que repugnaba á las ideas del tiempo que la justicia se hubiese convertido en patriciado y en cuerpo político y judicial á la vez, y que por sostener sus derechos, abusos y privilegios, se abstuviese de juzgar.

Después la controversia jansenista, y más la que se promovió para la supresión de los Jesuitas, en la cual el parlamento traspasó los límites de un tribunal de justicia decidiendo una cuestión que no estaba sometida á su exámen, desarrollaron bastante el espíritu de los abogados, habituándolos á discutir cuestiones generales, de donde procedió que adquiridas ya las armas, se sintieron con gana de emplearlas.

No estaban, pues, los parlamentos en armonía con el rey ni con la nobleza; y el pueblo los miraba como baluartes de privilegios para él odiosos, si bien por otra parte los aplaudía como elementos de oposición á los reyes, á quienes despreciaba, y que entonces justamente proclamaban el derecho exclusivamente divino con que tenían la corona y lo absoluto é indivisible de su autoridad legislativa.

Así el clero, el parlamento y el rey nunca obraron de acuerdo, y si transformándose según las necesidades de los tiempos prolongaron su existencia, siempre fueron elementos mutuamente contrarios, sin que jamás llegaran á equilibrarse ni ninguno á prevalecer de hecho.

Bajo todos ellos yacía la plebe, con la cual para nada se contaba en el Estado. Las contribuciones, más que onerosas, pues á su gravamen se unía la injusticia de su repartición, pesaban principalmente sobre el pueblo. La desproporción era todavía mayor en el campo, donde á los impuestos reales se unían el diezmo del producto bruto del campo, que se pagaba al clero, y las exigencias feudales. Dos especies de servidumbre subsistían todavía: el siervo del terruño no podía disponer de sí ni de sus bienes sin permiso del señor, pero si la tiranía de este se le hacía demasiado dura, podía ausentarse dejándole los bienes: por el contrario, el siervo de cuerpo no se emancipaba aunque abandonase los bienes, y el señor podía reclamarlo y castigarlo á su arbitrio. Verdad es que semejante especie de servidumbre no existía sino en muy pocos cantones; pero la Asamblea Constituyente se estremeció de horror cuando en su seno se refirieron las humillantes obligaciones que pesaban todavía sobre gran parte de la clase inferior del pueblo.

Además, de esta clase tan inhumanamente sacrificada era de donde se sacaban principal-

mente los individuos para el servicio militar. Todo plebeyo de diez y seis á cuarenta años de edad estaba obligado á entrar en suerte anualmente; pero los habitantes de las ciudades se hallaban protegidos por tantos privilegios, que solamente quedaban expuestos al sorteo los aldeanos, y esto sin la esperanza siquiera de ascensos, pues que los grados de la milicia estaban destinados de antemano para los nobles y ricos, que ingresaban en las filas como voluntarios.

Colbert había protegido el comercio, pero favoreciendo las compañías, esto es, los privilegios; y lejos de destruir las maestrías, como lo habían pedido los Estados Generales en 1614, las extendió á todas las clases de mercaderes y artesanos. Por tanto, ninguno podía ejercer otro oficio sino aquel cuyo aprendizaje había pagado, y toda la vida debía trabajar para otros operarios si no tenía para comprar el título de maestro. Severos reglamentos prescribían la calidad, la forma y el color de las manufacturas, y por consiguiente á cada instante había visitas, confiscaciones, piezas de tela taladradas ó quemadas. Así la institución de fraternidad fundada en la edad media había degenerado en egoísmo y en una enorme tiranía, que á gran parte del pueblo excluía del trabajo, que es su derecho y su gloria, exigiendo dinero para poder ejercer un arte, consumiendo el tiempo y alterando la paz con reclamaciones, pleitos y competencias de subordinación entre los grados de un mismo oficio, entre cerrajeros y herreros, entre ebanistas y carpinteros, entre librerros de nuevo y de viejo, entre sastres y ropavejeros, entre zapateros y remendones.

Bien es verdad que semejantes males eran de antigua fecha, y además de que el hombre se acostumbra á los abusos inveterados, suelen estos en la práctica tener siempre correctivos. Y luego las corporaciones, aunque privasen de su libertad al individuo, representaban la independencia: era gloria el ser prior de uno de estos gremios y el llevar el estandarte del oficio (1), y cualquiera reclamación, cualquier obstáculo á la preponderancia de este, eran tanto más sentidos cuanto mayor extensión y prosperidad había adquirido el arte.

Las artes, el comercio, el lujo, al paso que empobrecen á los grandes propietarios, enriquecen á los hombres de industria, componen las clases igualando las fortunas, y el pueblo se rescata de aquella antigua injusticia de la conquista, que el tiempo afirma, pero no justifi-

(1) Cuando en el teatro había función gratuita en solemnidad de parto de la reina, los carboneros tenían derecho de estar en el palco del rey y las pescaderas en el de la reina. Cuando nació el primer hijo de María Antonieta, todos los gremios fueron á Versalles en procesion con los símbolos de sus respectivas artes; los desolladores llevaban una chimenea dorada, de la cual salía el más pequeño del gremio: los portadores de literas una silla de manos toda dorada, en que iba una nodriza con su pequeño delán; los carniceros un buey gordo; los zapateros un par de botitas para el recién nacido; los sastres un uniforme de su regimiento, pequeño como él, y hasta los enterradores fueron con sus insignias.

ca. Si en el campo se veía el vulgo obligado á servicios personales, ó á dar el fruto de sus sudores al año, sin rebajar más que lo estrictamente necesario, en la ciudad el negocio dejaba más libertad y permitía ideas más francas.

En tiempo de la Reforma, la nobleza había procurado predominar en Francia, pero el pueblo se unió al clero para impedir que aquella se enseñorease de todos los bienes y de todo el poder. El calvinismo, que se propagó y duró en aquel país, estimuló las doctrinas democráticas, y estas sobrevivieron á la ruina de la secta religiosa que les dió impulso. Advertieron los reyes, y después de haberse apoyado en el pueblo para destruir la influencia de los nobles, dirigieron todos sus esfuerzos á humillarlos, adularon con distinciones personales la vanidad de los jefes populares, introdujeron una nobleza de toga para separar del pueblo á los hombres ilustrados, prohibieron las reuniones y complicaron la administración. Así el poder creía haber reducido á la nulidad al pueblo; pero entretanto los reyes mismos habían disminuido la distancia entre las clases, y primero las doctrinas y luego el comercio ofrecieron á los vencidos medios de ingresar en la clase de los vencedores, si bien siempre por vía de excepción y subsistiendo las distinciones, aun después de haber perdido su significación. Unida la fuerza de la inteligencia al influjo de la riqueza, la opinión cobró vigor, y las cuestiones de hacienda, de religion, de jurisdicción, convidaron á meditar sobre las cosas de Estado, y á reconocer la igualdad de los hombres.

En la Asamblea de los estados, reunida después de la muerte de Luis XI, se pronunciaron discursos maravillosamente libres: el señor de La Roche, diputado de la nobleza de Borgoña, dijo allí que « pueblo significaba la universalidad de los habitantes del reino; que los Estados Generales eran los depositarios de la voluntad común; que sin ellos nada había santo ni sólido, y que sin su sanción ningún acto podía tener fuerza de ley. El reinar, exclamó, es un oficio, no un patrimonio; los reyes han sido creados desde su principio por el pueblo soberano, y el que tiene el poder por fuerza ó de otro modo sin el consentimiento del pueblo, usurpa el bien de otro. El Estado es la cosa pública; la soberanía no pertenece á los reyes, los cuales existen solamente por la voluntad del pueblo, y en caso de menor edad ó de incapacidad del príncipe, la cosa pública vuelve al pueblo, que la recobra como suya. »

Por entonces este pueblo no paró mientes en tales palabras, pero anduvieron los tiempos y llegó la época en que había de repertirlas. Grande estímulo había dado para esto la revolución inglesa, la primera que se hizo á la luz del sol, y que á muchos deslumbró hasta el punto de considerar como el mejor modelo de constituciones la que ella había producido.

Pero Inglaterra, aunque abatió con frecuencia el poder del rey, conservó inmóvil su fundamento y el de la aristocracia hereditaria, de modo que no tuvo que cambiar la política. Allí el gobierno, católico ó reformado, siempre fué intolerante, la legitimidad de los mayorazgos y sustituciones siempre fué sagrada, siempre fué esclava la plebe y siempre los propietarios territoriales fueron los únicos representantes.

En Francia, por el contrario, la nobleza caía demolida por el vicio, mientras la fuerza popular crecía con el vigor de quien reivindica preciosos derechos. Los infortunios de los últimos años del reinado de Luis XIV habían roto el encanto que circundaba la majestad real. La Regencia ostentó la vanidad del vicio, como en otro tiempo se habría ostentado la altivez de la virtud. ¿Qué persona honrada podía no detestar á Luis XV? En su tiempo estallaron los males preparados por su predecesor; ideas inglesas, ginebrinas, holandesas, invadieron la nacionalidad francesa; los emigrados se vengaban con diatribas violentas; los nobles hablaban contra la monarquía; el clero no tenía fe; la historia nacional era objeto de befa; parecía libertad el desaprobado todo lo antiguo; llamábanse pedantería las costumbres patrias, tiranos los nobles y poderosos, preocupaciones la religion.

Y sin embargo, la nobleza se obstinaba en considerarse, no solo como una institución ó función social, sino también como una raza superior; y así, viniendo el orgullo á provocar la ira (1), la gente de inferior clase y pensadora, como Marmontel, cantero, d'Alembert y La Harpe, bastardos, Rousseau y Beaumarchais, relojeros, Diderot, armero, invocaban un orden de cosas en que el mérito no encontrase obstáculos para sobresalir. El pueblo, pues, no consistía ya en unos cuantos siervos y unas pocas aldeas pidiendo humildemente pan y seguridad contra los señores feudales, sino que se componía del mayor número, y contaba en sus filas artistas, industriales, literatos, y algunos, aunque raros, propietarios. Estos, ansiosos de orden y de sosiego, se habían resignado tranquilamente á la obediencia, y creyéndola los reyes eterna, se adormecieron primero en brazos de la gloria y después en los del deleite. Pero los hombres del pueblo adquirieron entretanto doctrina, riqueza, lujo; con la palabra dominaban en las asambleas de los artesanos; en el ejército tenían por apoyo á los sarjentos y cabos; en el clero á los curas de aldea; en el país á los proletarios; en la opinión á los escritores de moda, y habiéndoles inspirado estos un vivo deseo de adquirir una semi-ilustración, mezclaban en las conversaciones diarias cuestiones científicas.

Los hombres graves, disgustados de la alegre frivolidad y de la obscena pereza de principios

(1) MORELLET, (*Mem.* I, 263) refiere que en el parque del duque de Orleans, en Monceaux, había un puente levadizo, y el que trataba de pasarlo caía en el agua, lo cual servía de diversión á los señores.

del siglo, no ménos que de la soñolienta y vergonzosa quietud de la vida parisiense, por espíritu de oposicion se dedicaron á meditar sobre las cosas públicas y á censurar los actos del gobierno. Las sociedades científicas no oían hablar mas que de abusos; los parlamentos los confesaban, y algunos de la prosperidad de Inglaterra deducian con Montesquieu lo admirable del sistema representativo, mientras otros con Rousseau sutilizaban sobre el pacto social y sobre la soberanía del pueblo. Desde entónces ya no se suscitó cuestion que no se hiciese general. El problema del origen de las ideas indujo á derivarlo todo de la sensacion; de aquí se pasó á referirlo todo á ella, y de aquí, como consecuencia necesaria, á suponer que el delito era efecto de convenciones, el egoísmo medida de las ciencias sociales, y fin de la moral el deleite. Un banco trastornó la economía interior del reino. Si se hablaba de lujo, en este se encontraba pretexto para atacar el feudalismo y los frailes; si se trataba de la preeminencia de la agricultura sobre la industria ó vice versa, se involucraban en esta cuestion las de costumbres, gobierno, culto, legislacion é historia; á propósito de comercio se discutian las cuestiones de aduanas, privilegios, exenciones, ocios privilegiados, administracion, justicia; una sátira contra el envilecimiento de las costumbres y la depravacion de los reyes era necesariamente un libelo contra la sociedad que toda estaba intionada; y porque no se creían necesarios los ejércitos permanentes, las grandes deudas públicas, la ostentacion de la corte, se pretendia que el hombre por su naturaleza estaba destinado á la vida salvaje.

Torpedamente se engañan los que creen que los filosofistas fueron hombres amantes del pueblo, deseosos de su regeneracion moral y política, y liberales en el sentido que hoy damos á esta palabra. Á Voltaire parece sagrado su héroe, porque « reina por derecho de conquista y de nacimiento; » la grande acusacion que se dirige á los Jesuitas era la de haber subordinado la autoridad del soberano á los derechos de la nacion, y todos los sostenedores del pacto social confundian la sociedad con el gobierno, de modo que hacian á este omnipotente (1). Por otra parte, las doctrinas que predicaban los filosofistas debian, segun ellos, quedar en la esfera elevada de la gente docta, y no descender jamas hasta lo que ellos llamaban canalla (2).

(1) Rousseau, en la práctica, concede al príncipe hasta la vida del ciudadano. « Quand le prince lui dit : il est expédient à l'État que tu meures, il doit mourir. »

(2) Voltaire escribia á Diderot : « Quelque parti que vous prenez je vous recommande l'infâme. Il faut la détruire chez les hommes gens, et la laisser à la canaille grande ou petite, pour laquelle elle est faite. » (Œuvres, tom. LX, pág. 403, 25 de setiembre de 1762.) Y á Mad. d'Épinay decia : « Ma chère philosophe, je vous recommande l'infâme : il faut lui fermer la porte des honnêtes gens, et la laisser dans la rue, ou elle est fort bien. » (Tomo LIX, pág. 23, 20 de setiembre de 1760.) « Nous ne nous soucions pas que nos lecteurs et nos manœuvres soient éclairés. » (Tomo LX, página 355.) Y exhortando á Federico de Prusia á destruir la infame,

« ¿Quién, exclama Voltaire, quiere tomarse cuidado por los zapateros de viejo y los villanos (1)? » Pretendíase, pues, la libertad del fuerte, que es la inmolation del débil, y Turgot aceptaba la fórmula mas inhumana del egoísmo : *cada uno para sí y por sí*. Además, todas sus mejoras eran aéreas y de pura teoría, y cuando los hombres que dirigen la opinion con sus escritos desdeñan la prudencia adquirida por el género humano, y quieren que todo comience desde el siglo en que viven, su vista se acorta, juzgan mal á distancia, se deslumbran con lo que tienen cerca, y por ignorancia de lo pasado yerran el camino del porvenir.

Cuando se encontraban el Estado sin leyes, las armas sin esplendor, la corte sin dignidad, y cuando las costumbres carecian de decencia, fácil era enamorarse de la filosofía burlona de ciertos hombres, los cuales, semejantes á aquellos viejos que habiendo perdido las ilusiones quieren quitárselas á los demas, predicaban la impiedad y hablaban de Dios con la misma libertad que de los reyes, estos negándolo, aquellos admitiéndolo, pero mudo y sordo, con premios infinitos y limitados castigos. Sin embargo, el filosofismo tiene el mérito de haber proclamado ideas iniciadoras, respetables, sagradas, que eran, no suyas, sino cristianas, ideas que los reyes déspotas y los cortesanos corrompidos conculcaban todos los dias, y que la Iglesia no aplicaba sino á la esfera espiritual sin grande entusiasmo por difundirlas en el mundo; y mientras esta y aquellos aspiraban tan solo á conservar su puesto apartándose del movimiento intelectual, los filósofos tuvieron la osadía y la influencia de los que atacan.

Un numeroso ejército da la razon á un déspota contra la libertad; pero aun esto le faltaba también á Francia, que no habia sabido conservarse al nivel de los progresos de las otras naciones en el arte de la guerra, bien que tuviese el auxilio del mariscal de Sajonia, el de Gribeauval, que mejoró la artillería, y el de Folard, Guibert y Ménil Durand que discutieron las teorías militares. El ministro Saint-Germain, con buenas ideas, pero con brutales modos, introdujo en el ejército reformas desastrosas : suprimió los cuerpos privilegiados, cambió la forma y el orden de los regimientos, el uniforme, la táctica, la disciplina y el escalafon; quiso suprimir el cuartel de Inválidos y luego trastornó la disciplina introduciendo los castigos bestiales del palo y de las baquetas á la tudesca; por lo cual fué en breve destituido de su cargo. Para entrar de subteniente

añade : « Je ne dis pas chez la canaille, qui n'est pas digne d'être éclairée, et à laquelle tous les jongs sont propres : je dis chez... ceux qui veulent penser. » (Carta del 3 de enero de 1767.) Véanse también los textos citados en las notas al cap. 8.

(1) Voltaire escribia á Argental : « C'est, à mon gré, le plus grand service que l'on puisse rendre au genre humain de séparer le sot peuple des honnêtes gens pour jamais... On ne saurait souffrir l'absurde insolence de ceux qui vous disent : « Je veux que vous pensiez comme votre tailleur et comme votre blanchisseuse. »

en un regimiento, debia probar el interesado con cuatro testigos que su familia vivia *noblemente*; y como era fácil presentar testigos sobornados, se exigieron pruebas de nobleza hechas heráldicamente (1781), otra imitacion prusiana que destruía un abuso con otro peor y excluía á la plebe de una carrera que en otro tiempo era la mas honrosa por donde podia llegarse á ser noble. Por consiguiente el ejército, fuera de las masas, no salía ya del pueblo y ningun lazo de comunidad de origen ni de afecto unía á oficiales y soldados. Los individuos de la clase média se habian eximido del servicio mediante una contribucion, y solo para que no faltasen tropas en caso de necesidad, se habian formado regimientos provinciales por medio de levadas forzadas. Por lo demas, el reemplazo se verificaba por enganche, así que, dice un autor contemporáneo, en vez de verse en el ejército á hijos de familia de todas clases, llamados por la conscripcion ó por una ley general, no se veían mas que jóvenes, en su mayor parte estimulados á alistarse en las filas por sus desórdenes ó por la ociosidad. No habia para estos ninguna perspectiva de ascensos, sucediendo rarísimas veces que de sarjentos pasáran á oficiales, y aun los pocos que pasaban no lo conseguían sino á fuerza de largo tiempo de servicio, de donde les vino el nombre de *oficiales de fortuna*. Los nobles tenían derecho á comenzar la carrera con el empleo de subtenientes : uso derivado del feudalismo y de la preocupacion que tenia cerradas para la nobleza francesa todas las carreras á excepcion de las armas, la diplomacia y la magistratura. Estos resabios de añejas costumbres hacían muy difícil mantener la subordinacion entre los oficiales, pues aunque la jerarquía de los grados establecia entre ellos cierta separacion, como nobles se consideraban todos iguales, respetando cada uno á su jefe en los actos del servicio, pero no en ningun otro tiempo y lugar. No saliendo de Paris ó de la corte, necesariamente se hallaban en un orden inverso, y un coronel noble de provincia se veía en situacion inferior á la de sus jóvenes capitanes y tenientes, que poseían empleos ó estaban adornados de títulos ilustres (1). Además los grados eran venales, salvo el consentimiento del rey, que no podia negarlo.

Cuando Luis XV se presentaba en los campamentos con su favorita titulada, ¿qué extraño que lo imitasen los oficiales? El mariscal de Sajonia llevaba siempre en pos de sí una brigada de comediantes; y por boca de una actriz fué como se anunció al ejército, al finalizarse una representacion teatral, que al siguiente se daría la batalla de Lawfeld (2). Las guerras de aquel siglo desacreditaron todavía mas á la nobleza, pues que los soldados se mostraron héroes, mientras los oficiales, todos nobles,

eran siempre derrotados; y cuando en los boletines públicos se ponderaba la importancia de la noble sangre derramada, con razon solia preguntarse si la de los soldados era agua.

Así, todo en Francia era temporal, incierto, vacilante entre la necesidad de innovar y la repugnancia á las innovaciones (1). Bajo la influencia de tantas leyes particulares, se habian desarrollado los abusos; la contradiccion entre las instituciones y la realidad era constante; y la filosofía voluptuosa y grosera imbuía en las clases bajas el desprecio y el aborrecimiento hácia las altas, mientras inspiraba á estas el escarnio con que atacaban los afectos legítimos y la ligereza con que se chancaban tratándose de afectos impuros. Una nacion fogosa é inteligente sobre todas, generosa al mismo tiempo que corrompida, no podía ya venerar aquellos reyes que ofendían el sentimiento nacional con sus debilidades, la moral pública con su disolucion de costumbres, y que se empeñaban en no variar de sistema, precisamente cuando habian cesado de ser necesarios para la unidad y gloriosos por las empresas. Una nacion semejante no podía ménos de despreciar á los nobles, que no eran ya grandes mas que por sus desórdenes; y en cuanto á la Iglesia, mutilada, sierva, corrompida, en vano habria recurrido á ella la conciencia pública, abandonada como estaba á sí misma.

Llega finalmente al sόlio un rey bueno, saludado por todas las esperanzas, y este rey se muestra inepto (2); y mientras la nacion francesa va delante de todas, su gobierno se queda en zaga de las demas. Desde el golpe de Estado de 1771, en todas las conversaciones, y especialmente entre las mujeres, no se oía hablar de otra cosa mas que de constitucion, leyes fundamentales, inamovilidad de los empleos. El poder, en vista de este progreso de las ideas democráticas, habria debido asociárselas y sacar de ellas nueva fuerza; pero hizo lo contrario, que fué querer resucitar los privilegios. Porque el corrompido gobierno anterior habia abatido la aristocracia de toga, pareció digno de un gobierno paternal el restablecerla : restituyéronse, pues, al nacimiento

(1) De esta manera se lamentaba Lally-Tollendal de la falta de constitucion, en un moderadísimo discurso que pronunció en la cámara de la nobleza el 15 de junio de 1789 : « No tenemos leyes que declaren ser los Estados Generales parte integrante de la soberanía... No tenemos leyes que prescriban su convocacion periódica... ni leyes que pongan al abrigo de la arbitrariedad nuestra seguridad y libertad individual... ni leyes que establezcan la libertad de imprenta... ni leyes que hagan necesario el consentimiento de los estados para la exaccion de los impuestos... ni leyes que consignent la responsabilidad de los ministros del poder ejecutivo... en una palabra, no hay una ley general, positiva, escrita, un diploma nacional, al mismo tiempo que regio, una gran carta sobre la cual se funde un orden fijo, invariable, en que cada uno aprenda lo que debe sacrificar de su libertad y propiedad para conservar el resto, carta que asegure todos los derechos y deslinde todos los poderes. »

(2) Bastaria para demostrar su ineptitud el diario que llevaba de los actos de su vida y cuyo objeto supremo era la caza. Cuando no cazaba, escribia en el diario : *rien. Rien* está escrito el dia en que se tomó la Bastilla.

(1) Secur, *Mémoires*.

(2) *Mém. du prince de Montbarey*.

las antiguas ventajas, dándose solo á los nobles los empleos de la magistratura y del ejército; puestas las leyes en oposicion con las costumbres, se irritaron los celos de una clase, mientras se robustecian las pretensiones de la otra; apoderóse nuevamente de la nobleza aquel vértigo que despues habia de impedirle ver el abismo, y las masas populares miraban al trono como un poder hostil, al paso que conocian que estaba en su mano el sostenerlo ó derribarlo.

Hacian eco á los pensadores los negociantes. La Francia, á quien Luis XIV habia hecho conquistadora y militar, trataba de recobrar en la paz el primer puesto entre las potencias, y como la marcha progresiva de los otros países no se le permitia ya, vivia en continuas oscilaciones. Esto le impedia hacer del comercio su ocupacion habitual á ejemplo de Inglaterra, imitando á la cual al paso que la odiaba, se colocaba aun en esta parte en lugar secundario, y anulaba así la eficacia de entrambos sistemas, el fabril y el agrícola. Si prosperaban la Holanda y la Inglaterra, decíase que era por causa de la libertad, y de las pérdidas experimentadas en las colonias, se echaba la culpa á la política (1). Los negociantes, educados con provida severa, egoísta, niveladora, miraban de reojo las vanas prodigalidades del despotismo, y preguntaban por qué el cabeza de una razon social habia de enriquecerse empobreciendo á los demas asociados, por qué se habian de eximir los nobles y el clero de los gravámenes comunes, por qué en fin habia de ser lícito hacer frecuentes bancarotas y cargarse siempre de deudas. En Inglaterra se pedian estas cuentas por cámaras legalmente establecidas á un ministerio responsable; pero en Francia el rey habia dicho: *El Estado soy yo*, por lo cual únicamente sobre él debia recaer la culpa, y la union podia dar para la resistencia aquella fuerza que la constitucion no daba (2).

Hallábase, por tanto, la régia autoridad entre

(1) La poblacion de las colonias francesas en América era entónces de 75,000 blancos, 14,000 de color y 489,000 esclavos; en los años 1786, 87 y 88 se introdujeron 30,000 Negros al año. Las colonias de Asia eran poco mejor que bancos, pero su comercio era privilegio de una compañía y de otra las del Senegal.

(2) Una anecdota de 1770 revela cómo se entendieron entre sí los del estado llano para contrarrestar los excesos de los nobles. Una noche en el teatro de Grenoble los padres del famoso Barnave ocuparon el único palco que habia libre; pero estando reservado este para un protegido del duque de Tonerre, gobernador de la provincia, el director del teatro, y luego el oficial de guardia y por último cuatro mosqueteros, acudieron á hacerlo evacuar. Los que lo ocupaban hicieron resistencia, hasta que llegó una orden expresa del duque de Tonerre, y entónces el Sr. Barnave volviéndose hácia el patio que habia estado atento á la disputa, dijo: *Salgo por orden del gobernador*. En el mismo instante todos los ciudadanos se salieron tambien del teatro, y en casa de Barnave se reunió una sociedad numerosa, improvisándose baile y cena, á que concurrió lo mejor de la ciudad. Los del estado llano no volvieron á presentarse en el teatro hasta que se les dió una satisfaccion completa. Véase BERANGER, *Notice historique sur Barnave*, Paris, 1843. Demostraciones de esta especie pacíficas y unánimes arredran á los poderosos mucho mas que las mas retumbantes imprecaciones.

los tiros que le dirigian, de un lado los intereses, y de otro las ideas; y la opinion, careciendo de órganos legales, se manifestaba ya con las insurrecciones, ya con los parlamentos, ora con las municipalidades, ora con el clero. Las canciones, y mas poderosamente los periódicos, revelaban el descontento con que eran miradas las cosas presentes y el deseo de verlas reemplazadas con otras nuevas. Impugnóse entónces el derecho divino de los reyes; registróse la historia; imprentas clandestinas difundieron escritos, unos racionales, otros redactados con la exageracion de un lamento reprimido. Ya Lauraguais en el *Manifiesto á los Normandos* afirmaba que la nacion habia dicho: « Seréis rey con tales condiciones, y si las cumplís, os seré fiel, pero si no, me convertiré en vuestro juez. » El clero en sus reclamaciones preguntaba: « ¿De dónde nace ese curioso é inquieto exámen que cada cual se permite hacer de las acciones, de los derechos, de los límites del gobierno? » Y Malesherbes al ser recibido en la Academia, decia: « Se ha elevado un tribunal no sujeto á autoridad alguna ó de toda autoridad respetado, que pesa el valor de los talentos y decide del mérito de cada uno; y en un siglo en que todo ciudadano puede por medio de la prensa hablar á la nacion, aquellos que recibieron de la naturaleza el don de instruir y conmover á los hombres, ejercen sobre la esparcida muchedumbre la misma influencia que los oradores de Roma y de Atenas ejercian en otro tiempo sobre el pueblo congregado. »

En cabezas francesas nunca está ociosa la teoría, y el movimiento revolucionario, que habia sido práctico en Inglaterra, y filosófico en Alemania, en Francia quedó abandonado á los literatos, los cuales, si al principio del siglo solicitaban proteccion, entónces ya se veian invocados como protectores, y con una facilidad especiosa y con la imperturbabilidad de los que no conocen bien las cuestiones, predicaban y establecian dogmáticamente ciertas negaciones sistemáticas.

Ya La Fontaine, La Bruyère, Pascal, Molière (1), el mismo Boileau (2), no obstante las maravillas deslumbradoras de la corte de Luis XIV habian combatido las dos aristocracias, y difundido entre la multitud bastantes ideas trastornadoras de aquel orden de cosas. Las lecciones de igualdad que Fenelon daba secretamente al heredero de Luis XIV, circulaban ya entre el pueblo convertidas en denunciadoras de las injusticias legales. Las Memorias de Saint-Simon quitaban su dorado barniz á los escándalos de la corte, empujaban al gran rey y humillaban todavía mas á la nobleza que lo rodeaba, nobleza inútil, rastrera, gangrenada. El *Tartufe* escarnecía la falsa piedad, pero no

(1) Véase la escena del pobre en el *Don Juan*.

(2) Véase su carta sobre la nobleza.

Beau-
mar-
chais.
1732-99.

podia ménos de lastimar la verdadera, mientras no se encontrase medio de salvarla de la tacha de hipocresía y de mala fe. Por lo mismo el parlamento prohibió la representacion de esta comedia; pero el rey dió el permiso para ponerla en escena. Lo contrario sucedió con las de Beaumarchais. Este continuador de Voltaire y como él inclinado al bien por la fuerza de ideas interesadas, apareció ante el público cuando las doctrinas filosóficas eran ya comunes, y aplicándolas personalmente, las hizo casi proverbiales. Habiendo ido á Paris para dar á conocer un nuevo muelle de reloj que habia inventado, tomó un empleo en las aduanas, y « en las horas que otros dedicaban á la caza, á la bebida, al juego, » él escribia comedias á troche moche. Despues penetró en la corte y enseñó á tocar el arpa á las hijas de Luis XV, el cual lo amaba « porque le decia la verdad. » Allí sufrió las mortificaciones, entónces inevitables, que experimentaban los plebeyos civilizados. Un noble encontrándolo en Versalles vestido de gran gala, le dijo: « ¡Hola! Sr. Beaumarchais: mi reloj anda mal, tenga V. la bondad de darle un vistazo. — Con mucho gusto; pero le advierto á usted que tengo poca práctica. » É insistiendo el otro, tomó el reloj y le dejó caer al suelo exclamando: — *¿No le dije á V. que no estaba diestro en el arte?* Complicado en un litigio, hizo un trato con Gatzman, consejero del parlamento de Maupeou, por el cual se obligó á darle, si la sentencia le era favorable, 100 luises y un rico reloj que depositó en su casa. Habiendo perdido el pleito, fuéronle restituidos el dinero y el reloj; pero él pretendió haber dado 15 luises mas, y como el consejero lo acusase de tentativa de corrupcion, Beaumarchais lo expuso á la vergüenza pública en sus animadísimas *Memorias*, indecente, pero gratísima mescolanza de sátira, de escena, de novela, de libelos, que con artificiosa malignidad de buen sentido, si no de ingenio, tendia á vilipendiar á los nuevos parlamentos.

Aunque Beaumarchais no tenia grande ingenio, resumió por su cuenta todos los ataques de sus predecesores, llamando juez al pueblo, del cual habia salido y al cual continuaba perteneciendo aun despues de haberse hecho gran señor, y mostrándose tambien escritor del pueblo, petulante, satírico, flexible, maligno, y sobre todo paciente como el pueblo. Habia descubierto una cosa, el nombre que convenia á aquella raza de vencidos y oprimidos, diciendo: « Yo no soy cortesano, ni abate, ni noble, ni hacendista, ni favorito, ni nada de lo que se llama un poderoso: soy ciudadano. » Soy CIUDADANO, palabra y cosa nuevas en Francia, que habian nacido para crecer y que crecieron. El público quedó estupefacto con esta revelacion. Se habia visto á los reyes combatir con reyes, á los parlamentos oponerse á la justicia de las monarcas, á los Jesuitas y jansenistas hostilizarse con argumentos y con bulas; pero

nunca se habia visto á un hombre solo, á un hombre acusado, sin ascendencia, sin familia, hasta sin un protector, alzar la cabeza, hacerse grande, tratar de igual á igual con el parlamento, y á pesar de ser plebeyo negarse á permitir que lo atropellara un consejero: y todo ¿por qué? Porque era ciudadano.

Entónces todos dieron importancia á sus escritos, los unos por las revelaciones que hacia de los secretos del parlamento de Maupeau, los otros por culpar la conducta de aquel hombre temerario, todos por oír á aquel orador que no pertenecía ni al foro ni al púlpito. Voltaire, que habia leído cuatro veces aquellas *Memorias*, decia: « No hay comedia mas agradable, ni historia mejor contada, ni negocio espinoso mejor esclarecido. Son el escrito mas singular, fuerte, atrevido, cómico, interesante que yo he visto: el mas humillante para sus adversarios; verdadero arlequin salvaje que derrota á toda una patrulla. » El público, que odiaba á aquellos parlamentos que se habian introducido á la fuerza y por golpe de Estado, ensalzó á Beaumarchais como á un ciudadano perseguido, y aquellos cayeron y el espíritu revolucionario se engrandeció.

Por lo demas, Beaumarchais no era mejor que sus contemporáneos. Formáronsele varias causas por adulterio, por haber dado muerte á dos mujeres, por malversacion. Mas ¿qué importaba? El pueblo no se cuidaba de la moralidad de su héroe, sino de sus propios instintos que este halagaba. Donde principalmente lisonjeó Beaumarchais las pasiones populares fué en las *Bodas de Figaro*, comedia en que puso en berlina á los nobles y al estado llano, y atacó á la magistratura con personalidades y un torrente de ideas nuevas. Esta comedia, larguísima, licenciosa, embrollada y de mal gusto, fomentaba las pasiones de la época, y exponia á la vergüenza pública á aquellos nobles abates contra los cuales se habia charlado tanto: verdadera comedia enciclopédica por la multitud de retratos y la audacia del colorido, en que ejerciendo la sátira con cinismo y trivialidad y sacando diestramente de la intriga situaciones fuertes y agradables, se combate la moral, la legislacion, la religion, la política y hasta la metafísica, y se pregunta claramente si los nobles para gozar de tantas ventajas han hecho otra cosa mas que tomarse el trabajo de nacer. Figaro representa la lucha afortunada del pueblo contra la aristocracia, del servidor contra el amo. Figaro, barbero, lo dirige todo con la astucia y el descaro, mientras Almaviva, gran señor, bello, brillante, generoso, se encuentra con que este criado le disputa los amigos, las queridas y casi casi la mujer.

Luis XVI escandalizado juró no permitir la representacion de esta comedia; Beaumarchais juró que se representaria aunque fuese en medio del templo de Nuestra Señora; y contra el rey de la espada prevaleció el rey de la opinion. Los nobles solicitaron que se pusiera en